

LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH



H. P. LOVECRAFT / TOMÁS HIJO

minotauro ilustrados

LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH

H.P. LOVECRAFT / TOMÁS HIJO



minotauro ilustrados

The Shadow over Innsmouth

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Ilustraciones de © Tomás Hijo, 2023
Maqueta y revisión de iScriptat
Traducción de © Jaume Muñoz, 2023

ISBN: 978-84-450-1621-3
Depósito legal: B. 11.914-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

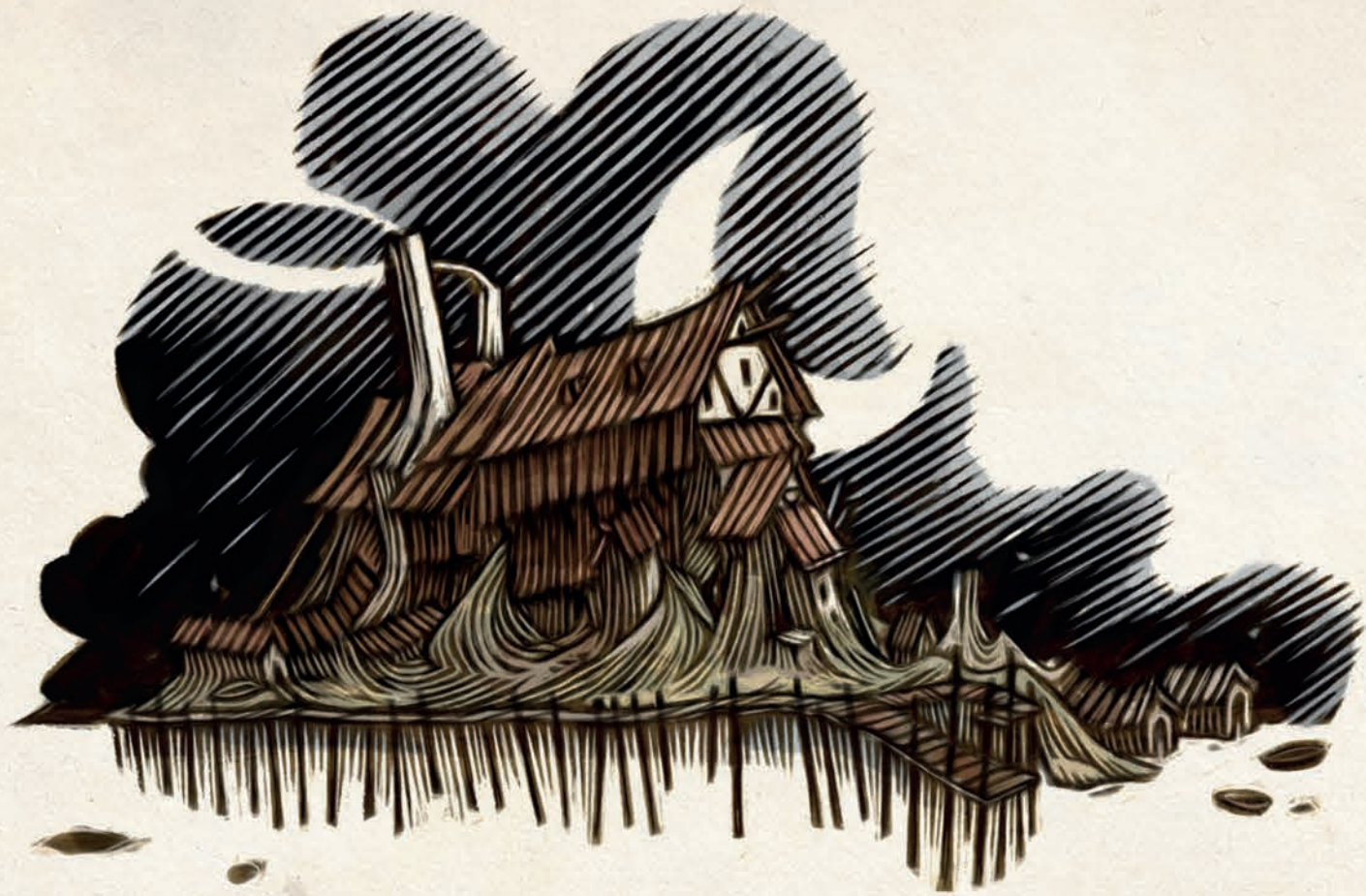
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



I

Durante el invierno de 1927 a 1928, las autoridades del gobierno federal llevaron a cabo una extraña investigación secreta sobre ciertas circunstancias del antiguo puerto marítimo de Innsmouth, en Massachusetts. El público supo de ello en febrero, cuando se produjeron numerosas redadas y detenciones, seguidas por el incendio y la voladura deliberados, bajo las debidas precauciones, de un gran número de casas desmoronadas, carcomidas y supuestamente vacías que había a lo largo de los muelles abandonados. Las almas poco curiosas, indiferentes, dejaron pasar este hecho como uno de los grandes enfrentamientos de la convulsa guerra contra el licor.

Los más perspicaces no obstante, se preguntaron por el sorprendente número de arrestos, por la inusual cantidad de agentes de policía necesarios para llevarlos a cabo, y por el secretismo que rodeó toda la operación. No se informó de ningún juicio, ni siquiera de acusaciones concretas; y tampoco se vio a ninguno de los arrestados en las principales cárceles del país. Hubo algunas declaraciones imprecisas sobre enfermedades y campos de concentración, y más tarde sobre evasiones en diversas cárceles navales y militares, pero no se compartieron datos concretos. El puerto de Innsmouth quedó prácticamente despoblado, e incluso ahora solo muestra los más pequeños indicios de una lenta recuperación.

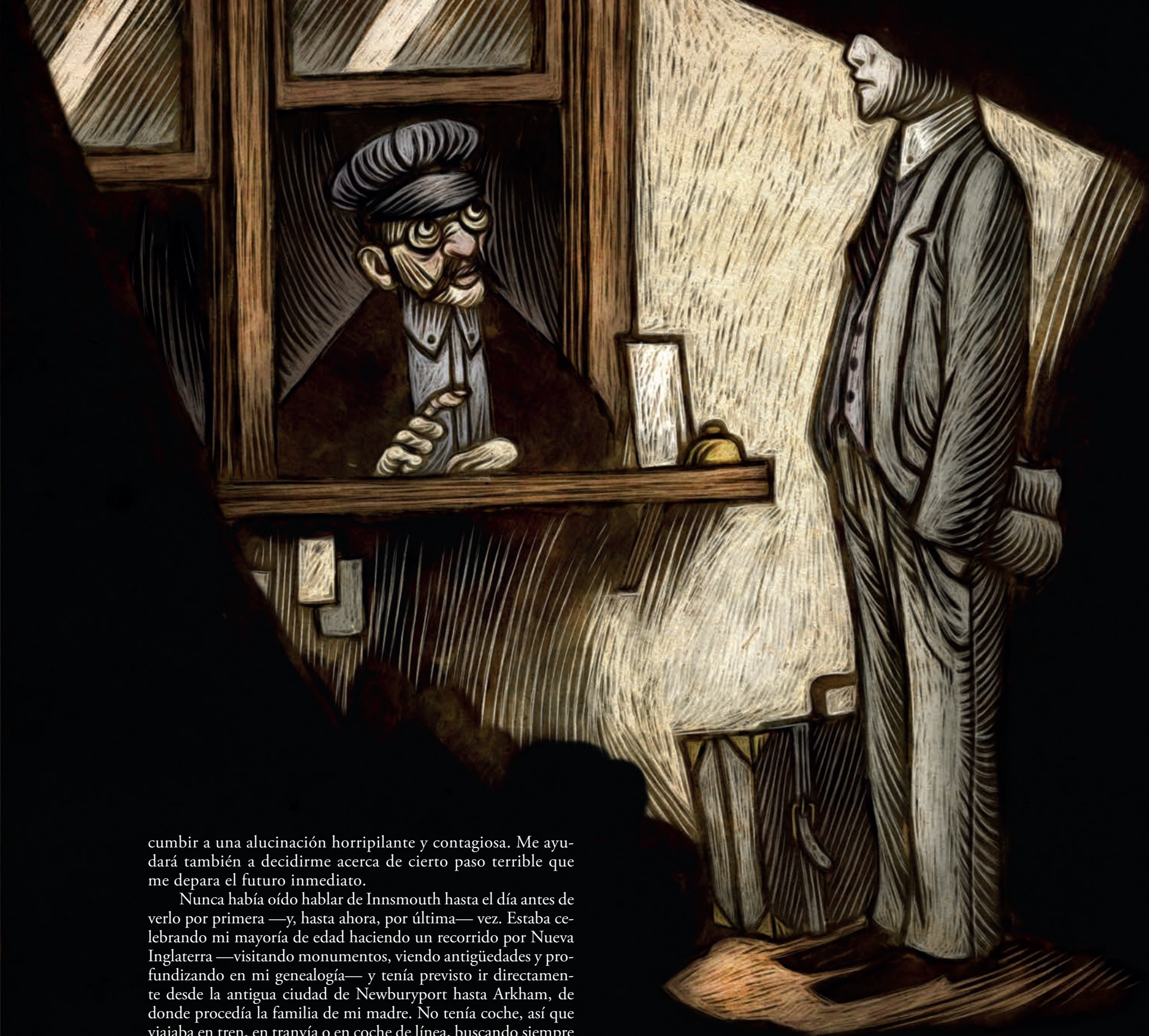
Tras las quejas por parte de diversas organizaciones liberales, se produjeron largos debates confidenciales, y se permitió que algunos de sus representantes visitaran ciertos campos y cárceles. En consecuencia, dichas organizaciones se volvieron sorprendentemente pasivas y reservadas. Los periodistas fueron más difíciles de disuadir, pero al final parecieron cooperar con el gobierno. Tan solo una publicación, un periódico sensacionalista que no gozaba de una gran reputación debido a su postura exaltada, mencionó el submarino de inmersión profunda que descargó torpedos en la fosa oceánica más allá del Arrecife del Diablo. Esa noticia, recogida por casualidad en un garito de marineros, parecía bastante

descabellada, ya que ese arrecife achaparrado y negro se encuentra a casi dos kilómetros y medio del puerto de Innsmouth.

Los habitantes de los campos y pueblos cercanos murmuraron mucho entre ellos, pero compartieron muy poco con el mundo exterior. Llevaban casi un siglo hablando sobre el estado moribundo y casi desierto de Innsmouth, y ningún acontecimiento nuevo podía ser más salvaje o espantoso que lo que ya habían insinuado en sus rumores desde muchos años antes. Siempre habían tenido motivos para ser reservados, y de nada servía presionarlos. Además, realmente sabían muy poco, ya que las extensas marismas de agua salobre, desoladas y deshabitadas, mantenían alejados a los vecinos de Innsmouth.

Pero por fin voy a desafiar la prohibición de hablar sobre este tema. Estoy seguro de que los resultados obtenidos son tan concluyentes que no se causará ningún daño público (salvo tal vez cierta conmoción) si hago alusión a lo que hallaron los aterrizados agentes del orden en Innsmouth. Además, lo encontrado posiblemente tenga más de una explicación. No sé hasta qué punto me han contado toda la historia, pero tengo muchos motivos para no querer indagar más. Mi contacto con este asunto ha sido más cercano que el de cualquier otro profano, y el recuerdo de lo que pasó me ha llevado a tomar medidas drásticas.

Fui yo quien huyó frenéticamente de Innsmouth en la madrugada del 16 de julio de 1927, y fueron mis peticiones aterradas para que el gobierno investigara y tomara medidas las que provocaron el episodio descrito. Estaba dispuesto a permanecer en silencio mientras el asunto era reciente e incierto; pero ahora que ya es agua pasada, y ya se ha desvanecido la curiosidad y el interés del público, siento el extraño deseo de hablar sobre las horas espantosas que pasé en ese puerto de funesta reputación sobre el que se cierne una sombra de muerte y anormalidad blasfema. El hecho de explicarlo me ayuda a restaurar la confianza en mis propias facultades y a convencerme a mí mismo de que no fui el primero en su-



cumbir a una alucinación horripilante y contagiosa. Me ayudará también a decidirme acerca de cierto paso terrible que me depara el futuro inmediato.

Nunca había oído hablar de Innsmouth hasta el día antes de verlo por primera —y, hasta ahora, por última— vez. Estaba celebrando mi mayoría de edad haciendo un recorrido por Nueva Inglaterra —visitando monumentos, viendo antigüedades y profundizando en mi genealogía— y tenía previsto ir directamente desde la antigua ciudad de Newburyport hasta Arkham, de donde procedía la familia de mi madre. No tenía coche, así que viajaba en tren, en tranvía o en coche de línea, buscando siempre la ruta más barata posible. En Newburyport me dijeron que el tren de vapor era lo más conveniente para ir a Arkham; y fue en la taquilla de la estación, al quejarme sobre el elevado precio del billete, cuando oí hablar de Innsmouth. El vendedor de billetes, un hombre corpulento y de rostro astuto, cuya forma de hablar dejaba claro que no era de la ciudad, pareció compadecerse de mis esfuerzos por ahorrar y me sugirió algo que hasta entonces nadie me había planteado.

—Supongo que *podría* tomar aquel viejo autobús —dijo con cierta vacilación—, aunque no tiene una gran reputación por aquí. Pasa por Innsmouth, tal vez haya oído ese nombre, y por eso a la gente no le gusta. Lo lleva un tipo de allí, Joe Sargent, pero no suele recoger pasajeros aquí, y creo que en Arkham tampoco. Me sorprende que siga circulando. Supongo que es bastante barato, pero nunca he visto que lleve a más de dos o tres personas; solo lo utiliza esa gente de Innsmouth. Sale de la plaza que hay frente a la tienda de ultramarinos de Hammond, a las diez de la mañana y a las siete de la tarde, si no ha cambiado de horario. Parece un trasto espantoso. Yo nunca me he subido.

Esa fue la primera vez que oí hablar del siniestro Innsmouth. Cualquier referencia a un pueblo que no apareciera en los

mapas convencionales o que no figurara en las guías turísticas recientes ya me habría interesado, pero además, la forma extraña en la que el vendedor de billetes se refirió a él despertó en mí una verdadera curiosidad. Pensé que un pueblo capaz de inspirar tal aversión en sus vecinos debía de ser cuando menos bastante inusual y digno de atención como turista. Si estaba de camino a Arkham, me iba a detener allí. Entonces le pedí al vendedor de billetes que me contase un poco más. Fue muy minucioso en su explicación, y habló del tema con cierto aire de superioridad.

—¿Innsmouth? Pues es un pueblo bastante peculiar en la desembocadura del Manuxet. Llegó a ser casi una ciudad, un puerto bastante importante antes de la guerra de 1812, pero ha caído en declive a lo largo del último siglo. Ya no hay ferrocarril. B&M nunca pasó por allí, y el ramal que lo unía con Rowley se abandonó hace años.

»A estas alturas ya habrá más casas vacías que gente, y muy poca actividad aparte de la pesca y la captura de langostas. Todo el mundo hace sus compras principalmente aquí, o bien en Ar-





kham o en Ipswich. En su día hubo bastantes fábricas, pero ahora ya no queda nada, salvo una refinería de oro que solo está operativa muy de vez en cuando.

»Antes, esa refinería era muy importante, y el viejo Marsh, el propietario, debe de ser más rico que Crespo. Pero es un viejo extraño, y no sale mucho de casa. Dicen que en los últimos años ha contraído algún tipo de enfermedad de la piel o de deformidad, y que por eso no se deja ver mucho. Es nieto del capitán Obed Marsh, que fundó la refinería. Su madre era extranjera, dicen que era una isleña de los Mares del Sur. Hace cincuenta años se armó la de San Quintín cuando se casó con una chica de Ipswich. Siempre hacen eso con los de Innsmouth. La gente de aquí y de los alrededores siempre intenta ocultar todo rastro de sangre de Innsmouth que pueda tener. Alguna vez alguien me ha señalado a los hijos y nietos de Marsh, y son indistinguibles de la gente de por aquí. Aunque ahora que lo pienso, los hijos mayores hace tiempo que no se dejan ver. Y al viejo nunca lo he visto.

»¿Qué por qué la gente le tiene tanta manía a Innsmouth? Pues bien, joven, no debería hacerle demasiado caso a lo que dice la gente de por aquí. Les cuesta hablar, pero cuando empiezan, ya no paran. Llevan casi un siglo diciendo cosas sobre Innsmouth, murmurando patrañas, y lo que creo es que tienen más miedo que otra cosa. Algunas de las historias le harían reír, cosas como el viejo capitán Marsh haciendo chanchullos con el demonio y sacando diablillos del infierno para llevarlos a vivir a Innsmouth, o sobre alguna especie de culto satánico y sacrificios horribles realizados en algún lugar cerca de los muelles, y otras cosas descubiertas allá por 1845... pero yo soy de Pantón, Vermont, y esa clase de historias no son para mí.

»Eso sí, debería oír lo que cuentan algunos ancianos sobre el arrecife negro que hay en la costa. Lo llaman el Arrecife del Diablo. Suele sobresalir por encima del agua, y pasa muy poco tiempo sumergido, pero tampoco se podría decir que sea una isla. Se rumorea que en ese arrecife a veces se puede ver a una legión entera de demonios, desparramados por ahí, o bien entrando y saliendo a toda prisa de una especie de cuevas que hay en la parte más alta. Es una roca accidentada y desigual, a casi dos kilómetros de la costa. En los últimos años de actividad del puerto, los marineros daban grandes rodeos para evitarla.

»Me refiero a los marineros que no eran de Innsmouth. Una de las cosas que tenían contra el viejo capitán Marsh era que se decía que algunas noches, con la marea adecuada, atracaba en la roca. Y tal vez lo hiciera, ya que yo diría que la formación rocosa era interesante y hasta es posible que fuera en busca de algún botín pirata —e incluso que lo encontrara—, pero se rumoreaba que iba allí a hacer tratos con los demonios. En realidad, estoy

convencido de que fue el propio capitán quien le dio mala reputación al arrecife.

»Eso fue antes de la gran epidemia de 1846, que se llevó a más de la mitad de la población de Innsmouth. Nunca se supo exactamente qué fue lo que pasó, pero probablemente se tratase de algún tipo de enfermedad extranjera, traída por mar desde la China o de algún otro lugar. Fue terrible. Se desataron disturbios y se produjeron todo tipo de sucesos espantosos que no creo que jamás llegaran a conocerse fuera del pueblo. Innsmouth quedó en un estado lamentable, y nunca ha llegado a recuperarse. Ahora mismo apenas vivirán allí unas trescientas o cuatrocientas personas.

»Pero lo que hay detrás de la actitud de la gente es un simple prejuicio racial, y no los juzgo. Yo mismo odio a esa gente de Innsmouth, y no me gusta ir a su pueblo. Aunque por su forma de hablar deduzco que viene usted del Oeste, supongo que sabe que nuestros barcos de Nueva Inglaterra iban y venían de los puertos más remotos de África, Asia, los Mares del Sur y del resto del mundo, y a veces traían gente de lo más rara. Probablemente haya oído hablar del hombre de Salem que volvió a casa con una esposa china, y tal vez sepa que todavía hay un grupo de isleños de Fiyi en algún lugar alrededor de Cabo Cod.

»Seguramente hay algo así detrás de la gente de Innsmouth. El pueblo siempre ha estado aislado del resto del país por marismas y arroyos, y nadie puede estar seguro sobre los entresijos del asunto; pero está bastante claro que el viejo capitán Marsh debió de traer a casa algún que otro insólito espécimen cuando tenía sus tres barcos en servicio, allá por los años veinte y treinta. Está claro que la gente de Innsmouth tiene rasgos extraños hoy en día, no sé cómo explicarlo, pero hace que a uno se le erice la piel. Lo notará ya un poco en Sargent si toma su autobús. Algunos de ellos tienen una cabeza extraordinariamente estrecha, con la nariz chata y unos ojos saltones y prominentes que parecen no cerrarse jamás. Su piel no está del todo bien. Es áspera y costrosa, y los laterales del cuello están arrugados o cubiertos de pliegues. Además, se quedan calvos muy jóvenes. Los más mayores son los que tienen peor aspecto, aunque nunca he visto a uno de ellos que sea muy viejo. ¡Supongo que se morirán al verse en el espejo! Los animales los odian. Solían tener muchos problemas con los caballos, antes de que llegaran los automóviles.

»Nadie de por aquí, ni de Arkham o de Ipswich, quiere tener nada que ver con ellos. Y ellos se comportan de un modo muy arisco cuando vienen por aquí o cuando alguien intenta pescar en su territorio. Es muy curioso que siempre haya tantos peces en el puerto de Innsmouth y casi ninguno en los alrededores. ¡Pero intente ir a pescar allí, y ya verá cómo la gente lo echa! Antes esa gente venía hasta aquí en el ferrocarril. Luego se abandonó el ramal, y lo que hacían era ir a pie hasta Rowley y allí tomaban el tren. Pero ahora utilizan ese autobús.

»Sí, hay un hotel en Innsmouth. Se llama Gilman House. No creo que sea gran cosa. No le aconsejo que lo pruebe. Será mejor que se quede aquí y que mañana tome el autobús de las diez de la mañana; luego puede tomar un autobús hacia Arkham a las ocho de la tarde. Hubo un inspector de trabajo que se alojó en el Gilman hace un par de años, y contaba muchas cosas desagradables sobre el hotel. Al parecer el hotel recibe a gente de lo más rara, porque el tipo escuchó voces en otras habitaciones —a pesar de que casi todas estaban vacías—, que le dieron escalofríos. Le pareció que hablaban en un idioma extranjero, pero explicó que lo peor era el tipo de voz que a veces hablaba. Sonaba tan antinatural, algo así como un gorgoteo, que no se atrevió a desvestirse e irse a dormir. Se pasó toda la noche despierto, y se largó a primera hora de la mañana. Aquella cháchara había durado toda la noche.

»Ese tipo, que se llamaba Casey, tenía mucho que decir sobre cómo lo observaba la gente de Innsmouth. Era como si estuvieran en guardia. La refinería Marsh le pareció un lugar extraño. Está en una vieja fábrica, junto a los saltos de agua del río Manuxet, en su desembocadura. Lo que explicó encajaba con lo que yo había oído. Libros en mal estado y sin registro claro de ningún tipo de transacciones. Siempre ha sido un misterio de dónde sacan los Marsh el oro que refinan. Parece que nunca han hecho muchas compras de materia prima, pero en cambio hace años producían una enorme cantidad de lingotes.

»En su día, se hablaba de unas joyas de lo más peculiares que los marineros y los trabajadores de la refinería a veces vendían a escondidas, o que llevaban de vez en cuando algunas mujeres de la familia Marsh. Se rumoreaba que tal vez el viejo capitán

Obed las conseguía comerciando en algún puerto pagano, sobre todo porque siempre encargaba montones de cuentas de cristal y abalorios como las que solían llevar los marineros para comerciar con los nativos. Otros pensaban, y siguen pensando, que Obed había encontrado un viejo escondite de piratas en el Arrecife del Diablo. Pero lo más curioso del caso es que el viejo capitán lleva muerto sesenta años, y no ha salido de allí un barco de grandes dimensiones desde la guerra civil, pero de todos modos los Marsh siguen comprando algunos de esos abalorios, principalmente baratijas de cristal y chucherías de goma, por lo que tengo entendido. Tal vez a la gente de Innsmouth les gusta llevar cosas así. Dios sabe que han llegado a ser tan malvados como los caníbales de los Mares del Sur o los salvajes de Guinea.

»La peste del cuarenta y seis debió de llevarse a los mejores del lugar. Lo que está claro es que es gente de poco fiar. Y los Marsh y los demás ricos son igual de malvados. Como he dicho, no habrá más de cuatrocientas personas en todo el pueblo, a pesar de todas las calles que dicen que hay. Supongo que son lo que en el sur se conoce como «escoria blanca»: gente artera y sin ley, con secretos de todo tipo. Consiguen mucho pescado y langostas, que exportan en camiones. Es curioso cómo los peces abundan por allí y en ningún otro lugar.

»Nadie ha sido capaz de saber lo que hace esa gente, y los funcionarios de la escuela pública y los encargados del censo lo pasan fatal con ellos. Puede estar seguro de que los desconocidos entrometidos no son bienvenidos en Innsmouth.

He oído hablar personalmente de más de un hombre de negocios o funcionario del gobier-





no que ha desaparecido allí. Se dice que uno se volvió loco y ahora está en Danvers. Menudo susto debieron de darle al pobre tipo.

»Es por eso por lo que yo de usted no iría de noche. Nunca he estado allí y no tengo ganas de hacerlo, pero supongo que una visita de día no puede hacerle daño, aunque la gente de por aquí le aconsejará que no lo haga. Si solo va a hacer turismo y a ver cosas antiguas, Innsmouth debería ser un lugar interesante para usted.

Me pasé las últimas horas de la tarde en la Biblioteca Pública de Newburyport, buscando datos sobre Innsmouth. Cuando les hice algunas preguntas a los lugareños en las tiendas, el restaurante, los garajes y el parque de bomberos, descubrí que era más difícil hacerlos hablar de lo que había vaticinado el vendedor de billetes. Me di cuenta de que no podía perder el tiempo tratando de superar su instintiva reticencia. Tenían una desconfianza especial, como si hubiera algo inherentemente malo en el hecho de que alguien se interesara demasiado en Innsmouth. En la YMCA, donde me alojaba, el recepcionista trató directamente de quitarme de la cabeza la idea de ir a un lugar tan lúgubre y decadente; y el personal de la biblioteca mostró la misma actitud. Estaba claro que a ojos de la gente con cierta educación, Innsmouth era un caso exagerado de degeneración cívica.

Los libros de historia del condado de Essex de las estanterías de la biblioteca tenían muy poco que aportar, excepto que el pueblo fue fundado en 1643, que destacó por la construcción naval antes de la Revolución, que vivió una época de gran prosperidad marítima a principios del siglo XIX y que más tarde fue un pequeño centro industrial alimentado por el río Manuxet. La epidemia y los disturbios de 1846 se mencionaban muy por encima, como si supusieran un descrédito para el condado.

Había pocas referencias al declive, aunque la importancia de las últimas entradas era inequívoca. Después de la guerra civil, toda la vida industrial se limitó a la Marsh Refining Com-

pany, y la comercialización de lingotes de oro constituyó el último vestigio notable de comercio, aparte de la infalible pesca. Sin embargo, esa pesca generaba cada vez menos beneficios, al bajar el precio del producto y crecer la competencia de las grandes corporaciones. Eso sí, nunca hubo escasez de pescado en el puerto de Innsmouth. Los extranjeros rara vez se asentaban allí, y había algunas pruebas discretamente veladas de que varios polacos y portugueses que lo habían intentado habían sido expulsados de una manera peculiarmente drástica.

Lo más interesante fue una referencia indirecta a las extrañas joyas vagamente asociadas con Innsmouth. Al parecer, habían causado impresión en las gentes del lugar y los alrededores, y había muestras de ellas en el museo de la Universidad de Misakonic, en Arkham, y en la sala de exposiciones de la Sociedad Histórica de Newburyport. Las descripciones de las joyas eran fragmentarias y prosaicas, pero me permitieron intuir un trasfondo de persistente rareza. Había algo en ellas que parecía tan insólito y provocador que no podía sacármelas de la cabeza y, a pesar de lo avanzado de la hora, decidí ver la pieza local —que se describía como una tiara grande y de extrañas proporciones—, si es que resultaba posible concertar una visita.

El bibliotecario me entregó una nota de presentación para la conservadora de la Sociedad, la señorita Anna Tilton, que vivía cerca. Después de una breve explicación, la anciana dama tuvo la amabilidad de acompañarme hasta el edificio ya cerrado, puesto que todavía no era excesivamente tarde. La colección era realmente notable, pero mi estado de ánimo era tal que no podía dejar de fijar la mirada en aquel particular objeto que relucía bajo las luces de una vitrina de la esquina.

No hacía falta una excesiva sensibilidad por la belleza para quedarse pasmado ante el esplendor sobrenatural de la opulenta fantasía extraterrena que reposaba sobre el cojín de terciopelo púrpura. Incluso ahora, apenas puedo describir lo que vi, aunque claramente era una especie de tiara, como apuntaba la descripción.